

## Los hermanos Maglioni y la invención de una imagen (1891) (Segunda entrega)

**UNO.** “Tratábase de una mujer, Angélica X, de 26 años, espiritista y afiliada a dos sociedades de Buenos Aires, instruida sólo por la lectura de algunas novelas españolas, histérica con ataques desde hace tres meses por causa de afecciones tristes, sin antecedentes hereditarios que importen al caso, y sufriendo actualmente frecuentes crisis nerviosas”<sup>i</sup>. Así se nos presenta la primera histérica *charcotiana* de la medicina argentina. La vez pasada ya vimos que desde hacía unos diez años los profesionales de la ciudad venían describiendo los caprichosos síntomas de la histeria femenina. Pero Angélica es la debutante en el juego *charcotiano* debido a que su cuerpo es el primero que se transforma, mediante hipnosis, en la pantalla en que la voz del médico confirma sus poderes taumatúrgicos. Nada en aquella descripción figura allí por descuido. El hecho de que Angélica suela entregarse al placer de la lectura de novelas, está allí para recordarnos los efectos mórbidos que ciertas distracciones tienen sobre cerebros débiles, como los de esas mujeres que desobedecen su destino natural. Su gusto por las corrientes espiritistas va en la misma dirección; señalarlo equivale a un dedo índice que recuerda las consecuencias de fanatismos y creencias que dan la espalda a la verdadera religiosidad. Pero la referencia al espiritismo parece encaminada a un fin distinto: es como si alertara que esta histérica, capaz de hacer cosas sorprendentes en estado hipnótico, podría pasar, a los ojos de incautos o ignorantes, por una *médium* clarividente (con línea directa con las almas de los muertos). Decoud sumaba así su voz a una campaña comenzada hacía unos años por Lucio Meléndez en las páginas de la *Revista Médico-Quirúrgica*, en las cuales, con fina ironía, había insistido en cuán poca distancia había entre los espiritistas y los locos. Mostrar lo que pasaba con Angélica cuando era sumida en hipnosis, le servía a Decoud para subrayar que un magnetismo bien usado -no como en esas sesiones espiritistas, llenas de embustes- producía la liberación, a lo sumo, de automatismos nerviosos, pero no de espíritus, que en paz y bien lejos descansaban: “para convencerme de la verdad de su estado me valía de los reflejos por la excitación sumamente ligera de los músculos faciales (...), la excitación del frontal producía por la contracción el movimiento de la atención, la excitación de la mejilla, en el sitio del zigomático mayor, el movimiento de la risa sardónica, la del superciliar, el del dolor, y tocando la apófisis mastoides, conseguía la contracción de la oreja por la excitación de los músculos auriculares rudimentarios. Un soplo sobre la piel de la mano producía una rigidez que solo desaparecía por una excitación análoga”<sup>ii</sup>.

**DOS.** Unos años más tarde, el 13 de diciembre de 1890 Norberto Maglioni realiza una operación que jamás olvidaría: “Me hallaba yo en presencia de un caso por mucho tiempo deseado; podía practicar una de las operaciones más hermosas de la cirugía moderna y mi amor propio se sentía halagado”<sup>iii</sup>. En la entrega de febrero de 1891 de los *Anales del Círculo Médico Argentino*, Maglioni publica un articulito de 8 páginas acerca de esa intervención. El texto va acompañado por una única foto: en ella vemos al doctor junto a la enferma recostada; momentos antes de aplicar el bisturí, él clava los ojos en ese vientre gigantesco de la mujer de 65 años, Dolores del Moral. La fotografía parece cumplir la función que por ese entonces recae habitualmente en las imágenes que de a poco pueblan las publicaciones científicas: reforzar el carácter real de lo sorprendente. Antes que para reproducir fielmente el referente natural del quehacer diario, la fotografía se incorpora a la prensa galénica para retratar monstruos, deformidades y excesos. En este caso, el resultado del montaje es esa pareja saturada de contrastes: hombre/mujer, vestido/desnuda, uniforme negro/sábanas blancas. El conjunto sirve sencillamente para acercar a la conciencia de los lectores la réplica certera del vientre de Dolores, increíblemente hinchado por la presencia de un quiste ovárico de dimensiones nunca registradas: 37 kilogramos de materia inservible, que hacía 5 años había comenzado a formarse, produciendo las molestias imaginables. Después de aventurar el diagnóstico, y luego de evaluar el estado general de la paciente, Maglioni decide que una intervención quirúrgica es el único remedio que puede aliviar a la pobre mujer, madre de doce hijos, que en la vida no había hecho otra cosa que trabajar de sol a sol como lavandera. La operación resulta todo un éxito.

**TRES.** Salvo por la curiosidad del tamaño del quiste, ese artículo no estaba llamado a sobrevivir el olvido. Para colmo de males, el verdadero interés de Maglioni al dar publicidad al éxito de su operación, era criticar el uso de la antisepsia en el quirófano: “Arriba y bien alto la asepsia, es decir,

la limpieza perfecta en las operaciones y en las curaciones de los operados. Que la antisepsia no es, en la mayoría de los casos, sino el mejor argumento de proceso contra los cirujanos negligentes que han debido exprimir su ingenio buscando medios para destruir los efectos de sus descuidos perniciosos<sup>iv</sup>. Maglioni era, al parecer, un hombre obstinado, y más cuando se trataba de batallas perdidas de antemano o de gestas extemporáneas. Y unos meses después, en octubre de 1891, manda a la misma revista otro texto, sin título, donde desarrolla más extensamente sus ideas acerca de esos pormenores de los peritos del bisturí<sup>v</sup>. El médico porteño, envalentonado por sus logros en el arte de abrir cuerpos vivos, arremete con soberbia contra sus enemigos: la microbiología de Pasteur y su criatura (la asepsia) serían construcciones teóricas que funcionan solamente en los tratados teóricos y en las fantasías de los hombres de laboratorio. Afortunadamente para la medicina argentina, Maglioni está allí para demostrarlo. Y sin dar mayor importancia a las nuevas apoyaturas clínicas de su perspectiva, el autor comenta otra feliz extirpación de un quiste de ovario gigante. Y prestando menos atención todavía a esa modificación, Maglioni incorpora nuevas fotos. Pero esta vez el montaje es distinto. Las pacientes no aparecen solamente en su lecho, a la espera de la incisión salvadora...

---

i Decoud, Diógenes (1888): “Estudios del hipnotismo”. *Anales del Círculo Médico Argentino*, XI, p. 9.

ii *Op. cit.*, p. 11.

iii Maglioni, Norberto (1891): “Historia de un quiste de ovario”. *Anales del Círculo Médico Argentino*, XIV, p. 38.

iv *Op. cit.*, p. 42.

v Maglioni, Norberto (1891): “Sin título”. *Anales del Círculo Médico Argentino*, XIV, pp. 658-669.